

gelio al Salvador la mirra, y lo que era mas, la **unidad** moral y religiosa de todo el mundo cristiano movido por una sola alma y **encabezado** por un solo Pontífice.

Pero ¡ah! que bajo tantas grandezas faltaba un **gran** sentimiento, faltaba la fe. Y como faltaba la fe, no comprendía el Pontífice mismo todas las consecuencias que podían sobrevenirle á él en persona y á su dignidad augusta de un nuevo alejamiento de la Ciudad Eterna y de un nuevo cautiverio en la impura Babilonia de Francia. Una santa mujer, llamada Brígida, se le presentó en Monte Fiascone, donde residía, á fin de respirar aires mas puros que en Roma, y le anunció que, de volver á Provenza, **contara** con un castigo y con una súbita é inmediata muerte. Los ciudadanos de Roma se arrojaron también á sus plantas y le pidieron con clamores y **lágrimas** que permaneciese á su lado y que contase con su acatamiento y su defensa. Nada pudo moverle. Un ciego instinto de perdición le arrastraba al **extranjero**; y en la vuelta al extranjero latía ya el cisma que iba prontamente á **descomponer** y á **desautorizar** á la Iglesia. Partióse, pues, y á los pocos meses de llegar sobrecogióle, como le había anunciado la profetisa de Roma, su **última** enfermedad. Al sentirse próximo á semejante trance, vistióse el **hábito** de San Benito, cogió entre sus manos el santo Crucifijo, echó su cuerpo en **mísero** jergon, y abriendo las puertas de la estancia donde agonizaba, quiso **que** pasaran todos cuantos quisieran, niños, mozos, mujeres, ancianos, **grandes**, humildes, á fin de que contemplaran atónitos en aquella su **última** agonía, cómo se reducían á mísera podredumbre las mayores y mas sublimes **grandezas** de este mundo.

Sucedióle Pedro Roger, de la familia de los condes de Belford y de Turena, con el nombre de Gregorio XI. Pocos Papas de mejores intenciones y de mas tristes desgracias. Pocos Papas de ánimo **mas** liberal, de aspiraciones mas sublimes, ni de mas tremendas responsabilidades. En las épocas de verdadera decadencia, los hombres mayores se **estrellan**, sin saberlo y sin quererlo, tristes juguetes de su tiempo, contra la **terrible**, contra la implacable, contra la espantosa fuerza de un destino superior á todos los empeños de las voluntades individuales. Gregorio XI, elegido **en** Avignon, volvió á pensar en el regreso á Roma. La triste muerte de su **predecesor**, los clamores unísonos de Italia, los remordimientos de su **propia** despierta conciencia le

arrastraron á un regreso contrastado por los ruegos del rey de Francia y por los votos de los cardenales franceses. Así como Urbano V murió al llegar á Avignon, Gregorio XI murió al llegar á Roma. Poco influyente sobre la aristocracia eclesiástica, que le rodeaba, no pudo penetrarla de sus temores ni de sus buenas intenciones, y debió ver á la hora de su muerte, turbando su última agonía, en el estertor, cuando la vista del entendimiento se aclara por la aproximación á la verdad suprema en los celajes de un cercano mañana, cómo se dibujaba ya con todos sus horrores el cisma de Occidente que había de concluir por separar á los pueblos mas afines, por sobreponer la política á la religion, por dividir la unidad católica en fragmentos, por tener tres ó cuatro Papas, adorados en apariencia de unos, conspuídos de otros, despreciados de todos; hasta congregar aquellos últimos concilios, verdaderas Asambleas revolucionarias, donde el Pontificado se pierde disuelto en una democracia religiosa y se prepara la revolucion.

Luchaba Gregorio XI con los horrores de la agonía, y en torno de su lecho, sin consentirle aquella paz necesaria en momentos tan supremos, senadores, magistrados, capitanes le conjuraban á voces para que tratase por cuantos medios estuvieran aun á su alcance de procurar á la Santa Sede Papa nativo de Roma ó por lo menos de Italia. Semejante pretension demuestra cómo el principio de la variedad nacional se iba sobreponiendo al principio de la unidad católica, y cómo el cisma se iba formando lenta pero seguramente por obra de las exageraciones de todos. Mientras el Papa agonizaba, los ciudadanos de Roma, comprendiendo cuánto les iba en el cercano tránsito, corrían de un lado á otro, requiriendo sus armas y preparando su defensa. Tales preparativos, temerarios en verdad, solo servían á poner miedo en el ánimo de los prelados extranjeros y apercibirlos á invalidar con sus declaraciones la misma eleccion hecha por sus votos. La Ciudad Eterna olía á la sazón á cisma. Tanto terror reinaba que el Sacro Colegio, antes de proceder á sus sacras funciones, llamó á los jefes de la ciudad y les hizo prometer y jurar que guardarían el mayor respeto á la libertad de sus deliberaciones y prestarían el mayor acatamiento á su inapelable designación. Nueve días duraron los funerales del Papa difunto, y en estos nueve días, las diputaciones en demanda de un Papa nacional menudeaban; los corrillos, formados en todas

las esquinas, decían cuanto les pasaba por las mientes en murmuraciones ruidosas; los cardenales franceses llevaban sus joyas y tesoros á puntos seguros custodiados por sus armas; el Arzobispo de Arles, en cuyas manos estaba el castillo de San Angelo, primera fortaleza de Roma, lo guarnecía de bandas bretonas prontas á la matanza; los senadores traían gentes de Velletri y de Tivoli anhelosas por la guerra; y como, si en vez de tratarse de una ciudad santa, se tratara de una ciudad guerrera como la antigua Troya, tropas innumerables cercaban los alrededores y coronaban las ruinas á fin de impedir así la salida de los cardenales extranjeros como la entrada de las bandas y barones ya en armas. Nadie hubiera dicho que se reunía un conclave de religiosos; por lo contrario, todos hubieran imaginado que se reunía un consejo de guerra, al oír los cerrojos que recluían la ciudad latina y al ver los guardias que celaban sus alrededores. El 7 de abril púsose en marcha el cortejo de cardenales precedido de heraldos y saludado por guerreras trompas. El pueblo romano, supersticioso de antiguo, mirábalo pasar con desconfianza; porque poco antes de la reunion, se desató terrible huracán y atravesó un rayo la sala misma de sus solemnes sesiones. A la agitación externa de los ánimos correspondía la agitación interna de los debates. Las divisiones se recrudecían y agravaban en términos tales que los cardenales extranjeros se dividían en lemosines y franceses, sin decidirse por ningún candidato después de haber prescindido de los romanos, so pretexto de que Tibaldeschi era demasiado viejo, Orsino demasiado joven, y cualquier Papa de la ciudad hechura del influjo anormal de los ciudadanos. En estas disputas caía el pensamiento, ya sobre un cardenal de Florencia, ya sobre un cardenal de Milan; y el de Florencia era rechazado de los gibelinos por güelfo y el de Milan rechazado de los güelfos por gibelino: que todavía quedaban, paseándose por aquel vasto campo de batalla, las sombras de partidos engendrados en tiempos más felices y más prósperos para la sede pontificia. Mientras así los cardenales se entregaban á sus largas disputas, el pueblo romano, herido de las dilaciones y de las tardanzas, diputaba al conclave, no diputaciones suplicantes, sino diputaciones armadas. La ansiedad llegaba pues al colmo. El colegio dentro de su sala se parecía á un rebaño preparado en una carnicería para el degüello; y el pueblo fuera parecía loco y loco fu-

rioso, pues amontonaba combustibles con ánimo de quemar las puertas del edificio sacro, y tañía todas las campanas de las innumerables torres diseminadas en la ciudad y sus cercanías, esparciendo con los toques de rebato el furor de una tumultuaria y sangrienta revolución plebeya. Al fin, poseídos de terror los treinta y un electores dieron todos, menos uno, sus votos al Arzobispo de Bari, prelado natural de Nápoles, que no pertenecía á la orden de los cardenales. Muy de mañana se verificó la elección; y no la anunciaron, ni siquiera cuando avanzaba el medio día y se acercaba la tarde. El pueblo presentía que estaba hecha, y hecha por completo á su gusto. El gozo popular con todos sus excesos, peores á veces que los excesos de la popular ira, estalló en ruidosa resonancia. Reunidas innumerables muchedumbres encamináronse al Vaticano. Y una vez llegadas, derribaron las puertas é invadieron la sala. Los cardenales, temerosos de perder la vida, si declaraban que el verdaderamente electo no pertenecía á la ciudad, cogieron al viejo Tibaldeschi, le arrojaron el manto pontificio en los hombros, le ciñeron la sacra tiara en la cabeza, le obligaron á empuñar el báculo y las llaves, y de esta suerte disfrazado como en carnaval, le entregaron al pueblo, que estaba á punto de matarle á besos y á abrazos, ahogándole casi en las tumultuosas expansiones de su júbilo. En tal situación este infeliz no sabía qué hacer, y en parte por miedo á la mentira indigna de su dignidad y de sus años, en parte por amor á la vida, de aquel tempestuoso entusiasmo amenazada, declaró que no él sino el prelado de Bari resultaba elegido por la votación casi unánime del conclave. Saber esto el pueblo, é irritarse con irritación mayor aun que su alegría, fué obra de un minuto. Los gritos de muerte resonaron como una tempestad; los rugidos, los rechinamientos de dientes, las roncas voces, armaban algazara tan siniestra que se hubiera creído cualquiera, el menos medroso, en medio de un desierto ó de una selva amenazado por las alimañas feroces. Así no es mucho que el Sacro Colegio se dispersara en varias direcciones; y cada cardenal creyera propio de su dignidad protestar contra aquella violencia, que, en medio de tantas pasiones desatadas, traía por necesidad y por fuerza el funesto cisma, cuyas contradicciones iban á dividir irremisiblemente á la Iglesia.

Para mayor calamidad se eligió un hombre del temple del Arzobispo de Bari, á quien llamaremos, después de su elección pontificia, con el nombre de

Urbano VI. Nunca necesitó tanto la Iglesia de una exquisita prudencia y nunca se encontró tan dominada como ahora por la temeridad. Natural violento, el natural de Urbano VI creció en violencia al toque de la tiara. Su exaltación á la sede pontificia le trastornó el seso; y el trastorno del seso le llevó á provocaciones de las cuales solo debia salir el cisma asolador. En vez de dulcificar á los cardenales extranjeros, los exacerbó. Sin conocer que los poderes débiles carecen de autoridad para emprender las reformas hondas, propúsose reformar la Iglesia, mas que con actos enérgicos que algo resolviesen, con palabras huecas que todo lo viciaban y nada decidían. Verdad que los Obispos residían fuera de sus sedes, y gastaban asiático lujo, y reunían beneficios sobre beneficios, y mandaban ejércitos enteros, y tenían centenares de cortesanos como los reyes, y centenares de caballos como los caballeros; pero también es verdad que todos estos males debían curarse mas por resoluciones firmes que por insultos groseros. Así los cardenales de allende se apercibían á una gran conjuración; y las bandas francesas se derramaban por las campiñas romanas; y Urbano VI, para ir de un punto á otro en la ciudad ó en sus alrededores, tenía que pedir doscientas lanzas á su incierta amiga la reina Juana de Nápoles. El 20 de julio estalló el cisma. Los conjurados declararon abiertamente las hostilidades. Aquellos mismos, que eligieran al Papa y que le adoraran despues de elegido, prestándole acatamiento y reverencia, declararon nulo su nombramiento: declaración terrible, si en cuenta se tiene que representaban la monarquía, bajo cuya fuerte mano estuviera cautiva la alta institución pontificia por espacio de setenta años. El Papa comprendió la sima bajo sus plantas abierta, y trató de cerrarla con un consistorio en Roma, donde se volviesen á examinar los títulos y los fundamentos de su elección. Pero los franceses, seguros de tener las espaldas guardadas por los reyes de Francia, no se dieron á partido y marcharon ciegos é iracundos hácia el cisma. El 9 de agosto de 1378, fecha que debe quedar como una de las mas nefastas en los anales de la Iglesia, trece cardenales promulgaron una encíclica impremeditada, en la cual volvían sobre sus pasos, desdecían sus palabras, condenaban sus actos, ofendían su propia honra, declarando ante la cristiandad entera que, por la violencia compelidos, designaran un Papa italiano á disgusto bajo la promesa de una franca renuncia en cuanto pasase el

mortal peligro, por lo cual ellos, que formaban la mayoría del Sacro Colegio, conjurábanle por medio de una conjuración imperiosa á renunciar la tiara y reconocer los justos motivos que tenían para no prestarle ni acatamiento ni obediencia. Todas estas altas instituciones mueren por descomposición interior. Lo que contra ellas hacen ¡ay! sus mayores amigos, no lo idearan sus mayores enemigos. Violento el Papa, violento el Sacro Colegio, violento el pueblo romano, violentos todos los motivos que determinaban la acción, violentas las pasiones, de la suma de todas estas violencias solo podía resultar y solo resultó una gran catástrofe.

Despues de opuesta negación tan rotunda y firme al nombramiento de Urbano VI, para consumar la triste obra solo faltaba una afirmación, que ahondase las diferencias antiguas y abriese el temible cisma. Y vino, para colmo de males, como la consecuencia tras la premisa, como el efecto tras la causa, como el castigo tras el crimen. El 25 de setiembre de 1379 levantóse frente á frente de Urbano VI, elegido en Roma, Roberto de Ginebra, elegido en Fondi por la mayoría del Sacro Colegio, con la famosa denominación de Clemente VII. El mal tenía tanto mas horrible aspecto cuanto que los cardenales italianos, escapados de Roma por virtud de las irreverencias del pueblo, ni tomaron partido por Clemente VII, ni tomaron partido por Urbano VI, quedándose entre ellos como gérmen de mayores guerras eclesiásticas. El Papa romano volvió de nuevo á Roma, convencidísimo por las desgracias que tocaba y la soledad en que cayera, del arraigo profundo alcanzado en la tierra por aquel híbrido Pontificado de Avignon, el cual acababa de conseguir, solamente con su recuerdo y con su sombra, la división del mundo católico y la ruina del principio pontificio por excelencia, de la unidad espiritual y religiosa. No aparecía el nuevo Papa, cual otros, hechura de este arrebato del Emperador alemán, ó de aquella genialidad del pueblo romano, aparecía nombrado por la mayoría del Sacro Colegio, en la cual acostumbraba el mundo á ver de antiguo la presencia del Espíritu Santo. Urbano VI, á quien sorprendió en el campo la noticia del cisma, volvióse á Roma, y no encontró en Roma ni uno solo de los cardenales antiguos, por lo cual se atrevió á dar el escándalo de nombrar hasta veinte nuevos, despues de haber lanzado la excomunión mayor sobre el conclave disidente y su recién elegido antipapa. En su dolor